

EL CRISTIANO ANTE EL CAMBIO

EDUARDO J. ORTIZ

Quando se acercan las elecciones se respira una atmósfera de cambio. Cambian las caras, cambian un poco los programas y las promesas, aparecen fuerzas nuevas, y se vuelven a encender las ilusiones.

Quien quedó descontento o frustrado se asoma otra vez expectante con un "quizá esta vez será". El que ha triunfado se agarra al asiento esperando que no sea para tanto.

¿Y el Cristiano? ¿Qué dice ante el cambio el que ha dado su palabra de seguir a Cristo? ¿Le asusta, le estimula o le tiene sin cuidado?

CONVERTIDO

Cristo se lanzó al mundo gritando ¡Arrepiéntanse! ¡Conviértanse! ¡Cambien sus intenciones, su mentalidad, su corazón, sus obras!

La conversión no es algo que se hace en la oscuridad, entre Dios y el hombre, como una transacción secreta. La conversión se manifiesta alrededor como la luz colocada sobre la montaña; y si no, no es conversión.

Intereses creados fuera de la palabra de Dios quisieran que el convertido se conformara con rezar más, ser más dulce y a lo más dar más limosnas de su bolsillo. Pero el convertido no puede estarse quieto. Se siente consumido por un fuego que le devora las entrañas. Se siente abofeteado por lo que se ve a su alrededor y se pone a resolver hasta que Dios sea todo en todos. Ahí es donde se pasa. Si Cristo hubiera podido vivir quizás hasta setenta años, y ahora nos consolaríamos leyendo una colección de sus palabras al menos dos veces más gruesas. Pero se puso a decir a los demás lo que tenían que hacer, y al final se hizo tan cargante que hubo que sacarlo de la circulación.

Su gran error táctico fue haber llamado hipócritas, con una insistencia provocadora, a quienes hacían la ley, y la interpretaban o ponían en práctica según su buen entender. La crítica tiene sus límites, y una sociedad en que no se respeta a los que están arriba va al caos. Fue necesario, siguiendo el consejo del Sumo Sacerdote, hacer morir a uno para salvar a la nación.

Claro que también hay conversiones selectivas, que abrazan sólo algunos de los aspectos de la conversión total. Y a éstos que "consultan a diario el oráculo del Señor" les dice Dios por su profeta: "Abran las prisiones injustas, hagan saltar los cerrojos de los cepos, dejen libres a los oprimidos, partan su pan con el hambriento, hospeden al pobre sin techo, vistan al que va desnudo, y no se cierren a su propia carne" (Isaías 58).

Tampoco falta la conversión fingida, la que toca las trompetas cuando da limosna, o se pone ante las cámaras cuando da limosna, o se pone ante las cámaras cuando ayuna. La que recibe puntualmente cada semana la palabra de Dios, que desafortunadamente cae entre espinos, o entre piedras, o en el camino. La que hace decir a Dios: "Estoy hartos de sus reuniones. Cuando alzan sus manos aparto mis ojos, porque sus manos están llenas de sangre" (Isaías 1.14-15).

Pero volvamos al convertido de verdad. ¿Qué significa para él el cambio? Con lo dicho no cabe duda de que éste es parte de su vida. Analicemos ahora un poco más ¿qué clase de cambio? ¿a qué precio? ¿a qué ritmo?

INSATISFECHO

El convertido es un insatisfecho. El ha oído hablar de una promesa que incluye un nuevo cielo y una tierra nueva. El sabe que la creación de alaridos de dolor esperando a ser transformada. Sabe que lo que espera no tiene punto de comparación con el presente, y su esperanza le hace debatirse en seguimiento de la promesa.

Pero esta insatisfacción no le lleva a drogarse en la inacción con el sueño consolador de un más allá, porque la única forma de alcanzar la plenitud del futuro es trabajar por la transformación del presente. Dios se ha revelado manifestándose presente en la historia de los hombres, y también ahora la forma de conocerlo es descubrir su presencia entre nosotros. El Espíritu de Dios sigue empujando a los apóstoles, y el papel del profeta es discernir la mano de Dios donde otros sólo ven las sinuosidades de la política humana.

En esta difícil tarea del discernimiento, el convertido se lanza a la tarea tratando de separar el trigo de la cizaña. Es un riesgo que hay que tomar. El convertido lanza su "talento" en la rueda de la vida, confiando en que Dios se lo devolverá multiplicado. Y el prudente que escondió el suyo bajo tierra para no perder la ocasión

de comprar su entrada al gran banquete, contemplará incrédulo cómo le quitan el talento para dárselo al que tiene más.

IMPACIENTE

El convertido es un impaciente. Su seguridad inquebrantable en la victoria no le lleva a cruzarse de brazos, porque sabe que en el misterio alucinante de la creación Dios se ha aliado a un hombre libre, cuya colaboración es imprescindible para que la victoria sea total.

No es verdad que pase lo que pase el fin va a ser el mismo. El mundo no es una marioneta donde muñecos de trapo entretienen a niños y mayores. El mundo es un drama donde los actores se juegan lo que va a ocurrir cuando baja el telón.

No hay tiempo que perder. El tiempo tiene un límite y hay que estudiar las maniobras para efectuar el máximo de movimientos en el mínimo tiempo. San Francisco Javier se desesperaba porque, aún con el brazo cansado de tanto bautizar, eran millones los que quedaban fuera de su alcance. El apóstol moderno se desespera porque, en el lánguido ritmo de cambio que permite la sociedad actual, pasarían siglos sin que millones de marginados vivan en propia carne el mensaje evangélico de liberación total.

Mirando a su alrededor el convertido desconfía de palabras como reforma, desarrollo, revolución, que esconden su tiranía bajo el mordiente del slogan político; y busca nuevas realidades, quizás inexpressables, donde las palabras libertad, igualdad, fraternidad, sean algo más que ribetes bordados ricamente sobre una bandera.

COMPROMETIDO

El convertido es un comprometido. Lee y relee, sin terminar nunca de asimilarlo, que Dios se ha hecho hombre; que el que tiene su morada en los cielos ha nacido en un pesebre; que el creador del universo ha trabajado como carpintero; que el juez de la humanidad ha sido crucificado.

El ha prometido la felicidad al que

llora, al que pasa hambre y sed, al perseguido y al pobre. Pero no para dejarlos por fuera como estaban. Porque es El mismo quien seca las lágrimas, llena a rebosar al hambriento, llama al perseguido, y proclama al pobre la gran noticia de que el Reino de Dios ya ha comenzado. El es el enviado del Dios que derriba a los poderosos de sus troncos y levanta a los humildes.

Pero el convertido sabe también que es al paciente a quien se promete la felicidad, y por eso no se deja nunca arrastrar por el odio a quien le pisa. La felicidad es para el misericordioso, y por eso no se conforma con volver el mundo al revés para quedar él encima. Es para el pacífico, y por eso no le emborracha la sangre. Es para el limpio de corazón, y por eso ve siempre una centella de Dios aún dentro del más nauseabundo.

El cristiano comprometido no sueña en la revancha, sino en la victoria final para todos.

REALISTA

El convertido es realista. Sabe que Dios no es el único partido en el campo de batalla. Existe el hombre diabólico que fascinado por su propio poder se planta frente a Dios, y trata de alzarse como único señor del mundo.

Tampoco el pecador se queda quieto. Al contrario, se organiza, se hace propaganda, soborna, manipula, busca diligente los hilos del poder hasta hacerse con ellos. Cae en la cuenta del peligro que supone un convertido, y busca alejarlo de su terreno dándole lecciones de cristianismo. Mediante una selección maquiavélica de textos evangélicos, trata de convencerlo de que lo suyo está en otra parte.

Pero el convertido se siente aguijoneado por el reproche de Cristo. "Los hijos de las tinieblas son más astutos que los hijos de la luz". Sabe que no basta decir "venga a nosotros tu reino", si a la vez no se hace algo para acelerar su venida. Está convencido de que el Faraón sólo le libraría del cautiverio cuando en su propia carne se vea acosado por las plagas. Y aunque en el Exodo es Dios quien envía la plaga, es en cambio Moisés quien la desencadena al extender su mano o su cayado.

ICONOCLASTA

El convertido es iconoclasta. No cree en ídolos. No se conforma con imitaciones. No se queda a medio camino.

La gran tentación del que ha sido llamado al gran banquete es conformarse

con las migajas. La espera de un futuro total es extenuante, y no es difícil que el cristiano, agotado por la tensión, se construya un sustituto; un becerro de oro al que agarrarse más aquí de la nube.

"El otro" conoce esta debilidad y a ratos se siente generoso: un regalito, una subida, un cargo desde el que se puede hacer tanto bien. Sabe que la mejor forma de hacer callar es corromper; porque con sólo matar... las personas siguen hablando después de muertas.

Hasta el humanista cuya única obsesión y sueño es un mundo de iguales puede sucumbir, poner límites de tiempo al alcance de la mano, quemar etapas bajo la dirección ciega de una ideología, y proclamar al fin que se ha alcanzado el paraíso, haciendo callar por la fuerza los gritos de frustración. Pero el cristiano sólo tendrá derecho a criticarle desde adelante, desde la vanguardia.

El cristiano no cree a quienes le dicen "está aquí", "está allí". Porque nunca se puede decir: ya hemos llegado.

OPTIMISTA

El convertido es optimista. Su insatisfacción no le vuelve melancólico; su impaciencia no le hace tajante; su compromiso no le hace intransigente; su realismo no le hace desconfiado; su ser iconoclasta no le hace insensible.

Al contrario. El cristianismo vive siempre ilusionado, porque sabe que el Dios de las sorpresas está de su lado.

Aunque el cristianismo sueña en el futuro, sabe también gozar en el presente. Aunque nunca le parece haber alcanzado bastante, se llena de luz por lo ya alcanzado. Sabe que sólo podrá crear si es capaz de fantasía.

El Cristo que empuña el látigo para limpiar el templo asiste también a las bodas de los vecinos, acepta las invitaciones de los grandes, busca unos días de descanso en casa de sus amigos, y se deja ungir, agradecido, por una mujer.

La angustia es para quien, aún después de desplegar todos sus recursos, teme la derrota; no para el cristianismo.

LA CRUZ

El emblema del convertido es la cruz. No se engaña con la perspectiva de victorias espectaculares e incruentas. No cree en la resurrección que no pasa por la muerte. Tiene miedo, pero no es cobarde.

Para él la cruz no significa suicidarse

y dejar el campo libre; significa, por el contrario, combatir en primera línea hasta que lo maten. La cruz no es el instrumento de suplicio para los pusilánimes, sino para los rebeldes. Aceptar la cruz es un primer paso para atravesar paredes y puertas cerradas a cal y canto (Juan 20.19).

El cristianismo recuerda que a Cristo no le valieron nada sus repetidas protestas de apoliticismo a la hora de ser procesado ante Pilato. No olvida que quien se escondió para evitar una revuelta fue condenado por alzarse contra el César. Por eso el cristiano no se sorprende cuando, a pesar de sus esfuerzos por delimitar campos, le acusan de subversivo. La fidelidad a Cristo choca siempre con el mismo viejo obstáculo.

Sabe también el cristiano que la muerte en cruz ya rara vez se ejecuta sobre un monte. "El otro" ha aprendido por fin que la sangre de los mártires es semilla de cristianos. La nueva táctica es el descrédito. Nunca faltan recursos: la explotación del punto débil, la jerga psiquiátrica sobre el estado mental, la calumnia lanzada como indiscreción. Pero el convertido, aún si tiene que tocar el fondo de la humillación, no se amarga ni se rinde; porque no es su triunfo lo que ha estado buscando.

El cristiano no se engríe con su pasado. No ignora que la Iglesia no ha jugado un papel muy brillante en el empeño por hacer realidad lo que aún sólo es promesa; pero tampoco se levanta en una denuncia autojustificante y altanera, porque la iglesia es él. Llama a encarnarse apenado de que la respuesta al Cristo encarnado haya sido tantas veces el cristiano desencarnado.

El cristiano convertido, en su lucha por una nueva humanidad, no cree ser el único, ni el primero, ni el mejor. Sabe que hay terrenos en los que ha llegado tarde y ahí no intenta tomar el mando sino que ofrece su ayuda.

Aunque seguro de contar con la baza decisiva, una mirada sin prejuicios a su alrededor le convence de que no la posee en exclusiva. El Dios que rasga el velo del templo nunca puede ser contenido entre cuatro paredes por grandes que éstas sean.

El convertido, en fin, no arrinconar, ni desprecia, ni teme, ni evita al que no piensa como él; porque la firmeza de su fe no se apoya en la ignorancia de otras opciones, sino en una confianza inquebrantable en la veracidad de ese Dios que se manifiesta sin poder nunca ser retenido.

¿Qué clase de cambio busca el cristiano? . Un cambio total, que salve al hombre de su pecado y de su esclavitud ya en esta vida.

¿A qué precio? . A cualquiera. Incluso la propia vida.

¿A qué ritmo? . Al ritmo de Dios. Acelarlo eliminando la cruz es imposible. No será poco el no frenarlo.